

Frente a estos problemas la posición de Henle y Klubertanz es ésta: los conceptos, proposiciones y razonamientos científicos tienen un carácter eminentemente construccional no-ontológico, y por esto precisamente se diferencian de los conceptos, proposiciones y razonamientos filosóficos. Tienden, pues, a aligerar las afirmaciones científicas, a lo menos las de las ciencias más desarrolladas cual es la física, de contenido ontológico. Están más cerca de Duhem que de Planck. No todos los pensadores católicos suscribirán sus opiniones; a muchos tal vez les sepan a positivismo lógico. A mí, de momento al menos, la orientación me parece acertada pues la hallo en consonancia con las corrientes teóricas hoy vigentes en la física. Pero no estoy seguro de que más prolongada reflexión sobre el asunto no me haga mudar de parecer. Y esta inseguridad me infunde el deseo, hasta ahora insatisfecho, de encontrar un estudio riguroso que, a la luz de la filosofía perenne, aborde la investigación de la estructura epistemológica de las ciencias (en particular, de la física) en todas sus fases, en todos sus pormenores aun los más recónditos. Apremiante y árdua labor que exige la cooperación de científicos y filósofos católicos.

JOSE VICENTE BONET, S. J. PH. D.

ST. LOUIS UNIVERSITY
ST. LOUIS, MISSOURI.
U. S. A.

Psicología de la escritura y valores espirituales de la personalidad (*)

I

La escritura puede ser considerada como un producto materializado y fijado, de la misma manera que es materializado y fijado por el sismógrafo, en el sismograma, un movimiento sísmico.

Como el sismólogo descubre en el sismograma las características del fenómeno (intensidad, calidad, epicentro, hipocentro, tiempo que ha durado y otros datos semejantes) así hoy el grafopsicólogo, gracias al descubrimiento de las leyes de expresividad de la escritura, puede sacar de ella datos científicamente ciertos (1).

Estos datos científicamente ciertos no interesan sólo a una persona, sino a la misma sociedad; y no sólo a la sociedad considerada en su ser, sino en su desarrollo y en sus finalidades, principalmente porque cada uno se proyecta hacia la realidad circundante.

Así sucede que saliendo de las bases sólidamente científicas de la psicología de la escritura, se entra en el campo filosófico. Y es interesante ver cómo desde este nuevo punto de partida se pueden tratar algunos problemas.

La psique es unitaria, indivisible, simple. Pero tiene facultades, funciones, subfunciones, que se dejan estudiar, distinguir, clasificar. Percibimos el *comportamiento* de la psique; pero nuestro interés más profundo es el de conocer no el comportamiento, sino la *psique misma*. Verdad es que para lo que se re-

(*) Primera parte de la conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana el día 11 de diciembre de 1954.

(1) Véase MARCHESAN, Marco: *Tratado de grafopsicología*. Editorial Victoriano Suárez, Madrid 1950. Véanse también los artículos de MARCHESAN, Rolando publicados en *ESPIRITU*, n.º 8 y 9, año 1953, pág. 171, y 1954, pág. 37.

fiere a las relaciones personales, a la educación, a la admisión del personal en empresas industriales y mercantiles, a la solución de problemas prematrimoniales, etc., lo que interesa más es el comportamiento. Pero en sentido filosófico y para profundizar en nuestro conocimiento es preciso buscar la psique misma. ¿Cómo se puede conseguir?

La unidad indivisible y única del alma, nos indica el camino. Hay que dirigir el esfuerzo con la intención de llegar a la unidad indivisible y única de la psique.

Ahora bien, reduciendo lo más posible a un único denominador común las funciones y subfunciones psíquicas, como por ejemplo la facultad de prestar atención, la de abstraer de las sensaciones y percepciones los elementos para la formación de las ideas, la capacidad de hacer comparaciones y distinguir diferencias, con las cuales reconocemos y clasificamos lo que se nos presenta, la afectividad, las reacciones defensivas, el gusto por la música, el poder de querer, obrar y resistir, con otros parecidos, llegamos a tres clases de actividades superiores: el conocer, el gozar y sufrir, y el querer.

Son tres disposiciones tan esenciales, que la falta de una de ellas produce la desaparición de las otras dos y de la personalidad.

En efecto, sin inteligencia, el sentimiento no puede sentir ninguna emoción de gozo, ni de dolor. Mientras yo no reciba noticia de la muerte de mi padre, no puedo sentir sufrimiento por esa muerte. Cada emoción depende del conocimiento de un hecho o de una cosa, que a través de la inteligencia choquen con el sentimiento.

Sin inteligencia, la voluntad no puede entrar en relación con ningún objeto exterior ni interior, y no puede querer. Mas voluntad es «poder de querer»; no «poder querer», es no tener voluntad.

Sin sentimiento la inteligencia no puede obrar, pues le falta el estímulo indispensable del interés, que es un hecho sentimental, sin el cual no se produce movimiento en la inteligencia. Sin el sentimiento, la voluntad no recibe el estímulo indispensable para querer; y queda totalmente inerte. La capacidad de inteligencia y voluntad, por falta de sentimiento, se reduce al estado de una capacidad impotente, es decir, a la inexistencia.

Sin la voluntad, la inteligencia no puede obrar, puesto que para entender necesita que la voluntad produzca un esfuerzo, como cosa ordinaria; este esfuerzo ha de romper la inercia interior y aplicar las energías intelectivas. Faltando por defecto de voluntad el poder de entender, viene a faltar la inteligencia misma, es decir, su desarrollo adecuado.

Hasta aquí hemos demostrado que sin inteligencia no existe sentimiento ni voluntad; que sin sentimiento no existe inteli-

gencia ni voluntad; que sin voluntad no existe inteligencia. Completaremos estas demostraciones. Falta demostrar que sin voluntad no existe sentimiento. Esta demostración es algo compleja, pero no difícil.

Sin la voluntad, el sentimiento es inexistente, por faltar algo de su esencia misma. Lo demostraremos así: para empezar preguntémoslo siguiente: ¿hemos nacido para conocer y ser conocidos? ¿hemos nacido para querer y obrar? ¿hemos nacido para amar y ser amados?

Estas tres preguntas contienen un elemento que presenta a su vez un problema: ¿cuál es la causa final de nuestra vida, el elemento teleológico?

El gran libro de la naturaleza nos muestra que no hay nada sin fin. Y que los fines caducos son medios para fines superiores, hasta llegar a un fin supremo. La existencia de fines demuestra la existencia de intención, que es un producto psicológico compuesto de inteligencia, sentimiento y voluntad. La coordinación de todos los fines en uno, demuestra la existencia de una única intención. Una característica evidente de la intención única es la coordinación de la pluralidad en una unidad, en la que cada elemento de la pluralidad encuentre en el bien de los otros su propio bien, logrando la solución del problema de una construcción unitaria perfecta de bienes individuales en un bien supremo colectivo. De esto tiene sed cada hombre; tanto es así, que nadie puede gozar verdaderamente si alguien sufre; y el sufrimiento social e internacional, amenazando con destrucciones cada vez más terribles, empuja con energía siempre mayor a los hombres, hacia el hallazgo de la solución de este problema del gozo de todos, sin sufrimiento de nadie.

La intención suprema es, pues, constructiva.

Buscando el poder que contenga en sí mismo el fin de nuestra vida, lo podremos reconocer en el poder que tiene en sí mismo un fin constructor conforme a la intención unitaria sobredicha.

Repitamos ahora nuestras preguntas: podremos responder con exactitud: ¿hemos nacido para conocer y ser conocidos? ¿hemos nacido para querer y obrar? ¿hemos nacido para amar y ser amados?

Es absurdo afirmar que hemos nacido para conocer y ser conocidos, reduciendo el amor a la función secundaria de estímulo y de medio para satisfacer la necesidad de conocer y ser conocidos. El conocimiento de lo presente, elevado a la categoría de fin de la vida, haría de ésta una curiosidad huera, no constructiva.

Es absurdo decir que hemos nacido para querer y obrar y que dentro del fin «social» de cada hombre, el amor sólo sirve para excitar la voluntad y para excitar una avidez de obrar. La avidez de obrar elevada a fin de la vida, haría decaer ésta al

estado de una huera ambición, y llevaría a los hombres a interminables conflictos destructores.

Es, pues, evidente, que el fin de nuestra vida, nuestra razón de ser, el fin último, profundo, real, de nuestra existencia, es el de amar y de ser amados. «Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut ego dilexi vos» (Ioan. XIII, 34). Hemos nacido para amar y ser amados. Somos un soplo de amor.

II

El hombre tiene inteligencia de un modo esencial para conocer los que ha de amar, y tiene voluntad de un modo esencial para realizar el amor con actos adecuados.

El sentimiento se manifiesta en emociones, a las cuales suceden reacciones que tienden a perpetuar el gozo y a extinguir el sufrimiento y sus causas. Las reacciones tienen también el fin de recompensar con actos portadores de bien y de alegría, a las personas que nos causan gozo. Esas reacciones son estímulos destinados a la voluntad para que ésta los realice. Mas si no hay voluntad, las reacciones caen en una impotencia dolorosa, toda alegría se extingue, y uno queda sumergido en un dolor impotente sin término; el amor desaparece extinguido bajo un cúmulo enorme de sufrimientos, y así queda extinguida la esencia misma del sentimiento.

Hemos logrado así la demostración de que sin la voluntad el sentimiento pierde su esencia.

Queda, pues, patente el hecho de que el triple poder de conocer, gozar-sufrir y querer, es coesencial a la personalidad humana.

Pero ¿qué han de hacer el gozo y el sufrimiento con el amor? Son los guías del amor. Si no existiesen, ¿cómo podríamos saber cuáles son los actos dañosos? ¿cómo podríamos entender la bondad del amor? ¿cómo podemos saber si uno nos hace bien, si no sentimos gozo por lo que él nos hace? ¿cómo puede nacer nuestro amor a alguien, si no percibimos que él nos quiere a través de un gozo que procede de él? Este gozo depende ante todo, de nuestras necesidades de vida, fisiológicas y psicológicas, pues se diferencia de una persona a otra, según los gustos de vivir personales. Estos gustos superiores asumen una importancia particular en su parte estética. No puedo exponer en esta conferencia lo que la grafopsicología ha averiguado sobre este punto. Pero es preciso saber algo de la relación entre estética y amor.

Queda establecido que para la grafopsicología, amor es sentimiento que empuja a obrar de un modo productor de bienes en favor de otros. Claro está que según esta definición, satisfac-

ción de sentidos, celos, homicidio de la persona amada no son más que diferentes formas de egoísmo, no son más que actos de satisfacción de sí mismo, en sus peores inclinaciones.

No hay amor sin gusto. Amamos a los niños deformes o enfermos de alma o extraviados; pero se trata de un amor debido al vínculo paterno o materno, de un amor constituido por el sentimiento del vínculo de la sangre, por un sentido de casi responsabilidad propia al haber dado a la existencia a un ser en malas condiciones, por un sentido de amargura y de compasión. Amamos a nuestro padre y a nuestra madre independientemente de su belleza. Pero cualquier otro amor sin vínculo inmediato, para ser sentido, necesita basarse sobre el disfrute de una belleza.

La belleza tiene, pues, la función de atraer nuestra atención sobre personas y cosas que merecen nuestro amor. Nuestra psique está ávida de belleza. La belleza se manifiesta y entonces se siente atraída como por encantamiento. La belleza es el hilo conductor hacia el gozo, que es superior a las necesidades elementales.

Pero aun dentro del amor religioso, tiene su función de guía.

El sentimiento religioso nace de la comprobación de su propia pequeñez y de la infinita extensión del universo; de hallarse en el dominio de la fuerza que ha producido el universo; del miedo hacia esta fuerza. Es un sentido de infinita inferioridad lo que crea el sentimiento religioso. «Initium sapientiae timor Domini» (Eccli. I, 16). Esto es: «initium religionis, timor dominatoris universalis».

Pero en seguida sobre este miedo se añade la comprobación y el goce de las bellezas del Creador y de las criaturas, y de sus aptitudes para las diferentes artes. La Creación hace sentir a quien la considera con serenidad, un sentido emocional difundido en todas las cosas. Se siente una intención de belleza superior y suprema. Y el alma siente que el dominador universal desea aparecérselo como agradable: es terrible, pero prefiere ser amable. El alma se enciende de amor hacia El. Es decir, El quiere ser amado y para hacerse amar nos presenta su poder de hacer cosas bellas. Con la belleza Dios nos conduce desde el temor, al amor. «Initium sapientiae timor Domini», perfectio autem caritas.

El sendero de la belleza lleva al amor. Dios se presenta a nosotros con aspecto amable, produciendo bellezas siempre más elevadas. Con la belleza El nos atrae, prometiéndonos entregarse a sí mismo a nosotros como belleza sin fin; El nos enamora, nos enamora haciendo de la belleza y de la bondad una sola cosa consigo mismo (también nosotros sentimos que una buena acción es una acción hermosa; nos complace, en los espectáculos, el triunfo de la justicia y de la bondad, y en esto vemos belleza y bondad en una unidad indisoluble).

En tiempos pasados desconocían con frecuencia al sentimiento, todo derecho a ser ciudadano del espíritu. Evidentemente a causa de definiciones poco elaboradas, vieron en el sentimiento un fenómeno divisible en concupiscible e irascible. Pero si tomamos la definición grafopsicológica la cosa se presenta de un modo diferente. Sentimiento es el poder de la psique de gozar y sufrir. Que la psique tenga este poder es indiscutible. Que la psique tenga este poder en la vida eterna, lo dicen el premio del gozo eterno de Dios y la pena eterna de la condenación. Si se ha entendido que lo que goza y sufre en la eternidad es el hombre mediante su entendimiento y voluntad, no es difícil reducir a un acuerdo lo propio de cada facultad: propio del entendimiento es entender; propio de la voluntad es amar. Si existe la capacidad de gozar y de sufrir, ¿por qué hemos de confundirla con la capacidad de querer y de entender? Es algo muy distinto. Llamémoslo con su nombre: sentimiento.

Así la grafopsicología, partiendo de caminos diversos, nos lleva finalmente también a reconocer los altos valores de la personalidad revelados a través de la escritura.

MARCO MARCHESAN.
Istituto di indagini psicologiche.
Milán, Italia.

La Restauración Cristiana de la Cultura

El Excmo. Dr. J. Mérida, Obispo de Astorga ha publicado el 6 de diciembre último una pastoral que juzgamos de excepcional importancia. Ya hemos insistido en otras ocasiones, en la imperiosa necesidad de que fijemos nuestra atención en este punto decisivo que es la formación y difusión de la cultura católica, si queremos que nuestra sociedad mejore sus hechos. Siempre han sido las ideas las que pronto o tarde han llevado a los actos.

Ahora bien, en España se inició este último tiempo una controversia bastante acentuada entre dos actitudes, actitudes que alguien calificó con dos epítetos: «comprensivos» y «excluyentes». El problema efectivamente se plantea: ¿hasta qué punto ha de llegar la «comprensión» para que no ponga en peligro el afán de verdad? ¿hasta qué punto puede llegar la «exclusión» para que no caiga en injusticia?

El Instituto Filosófico de Balmesiana, atento a recoger los documentos que tanto interés tienen para nuestros lectores, no puede dejar olvidada esta pastoral del Dr. J. Mérida, que aborda de frente este problema y ofrece la solución sencillamente católica con nitidez y con la competencia que le es propia.

Hemos creído que no tendrían inconveniente los lectores de ESPIRITU en que omitiésemos en este número de nuestra revista las recensiones de libros, a trueque de poder publicar íntegra esta pastoral, sin dividirla entre dos números.

Reproducimos, pues, el texto tal como está en la segunda edición de la Pastoral, pero suprimimos las cinco primeras páginas y las dos últimas cuyo contenido no se refiere tan directamente como el resto, al tema que ESPIRITU desea presentar a sus lectores.

Sólo me queda hacer notar al lector que sobre esta materia puede también consultar el folleto «Lo que no se dice», publicado por el Instituto Filosófico de Balmesiana, cuya segunda edición di al público en marzo de 1954.

J. R. G.